



LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

**LA CIUDAD QUE HEMOS  
HEREDADO**

**Lothar Siemens Hernández** nace en Las Palmas de Gran Canaria en 1941, donde realiza estudios musicales; los de Filosofía y Letras los cursa en las universidades de Madrid y La Laguna, y en Hamburgo (1963-1967), en cuya Facultad de Filosofía realiza las especialidades de Musicología, Etnología y Prehistoria. A su término regresa a Las Palmas de Gran Canaria para dedicarse primordialmente a tareas empresariales.

Desde 1968 forma parte de la directiva de la Sociedad Científica 'El Museo Canario' de Las Palmas de Gran Canaria, de la que fue director y actualmente es presidente. En 1979 es elegido presidente del Consejo Provincial de Cultura de Las Palmas, y desde 1991 es vicepresidente de la Fundación Universitaria de Las Palmas. Académico Correspondiente de la Real Academia Española de la Historia, Real Academia de Bellas Artes 'Santa Isabel de Hungría' de Sevilla, y de la Real Academia de Bellas Artes 'San Miguel Arcángel' de Canarias. En 1979 es designado miembro del Instituto de Estudios Canarios.

Formó parte del grupo fundador de la Sociedad Española de Musicología, de la que fue vicepresidente entre 1982 y 1984. Entre 1985 y 1992 fue director de la Revista de Musicología, de la SEdeM. En 1983 se le concede el premio 'Presidente del Gobierno Autónomo de Canarias', y en 1991 el Premio Especial 'Montblac' en su edición de Música.

Ha publicado veinticuatro libros y más de ochenta estudios científicos que abarcan principalmente los campos de la Musicología histórica, la Etnomusicología, la Etnografía y la Historia. Por otra parte, es autor de varias composiciones musicales —voz y piano, coro, instrumentos— que han sido estrenadas en Madrid, Barcelona, Cuenca, Gran Canaria y Tenerife.

LA CIUDAD QUE NOS HEREDADO



LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ



# LA CIUDAD QUE HEMOS HEREDADO

[PREGÓN DE LAS FIESTAS FUNDACIONALES DE  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA. JUNIO, 1996]

1997

---

Las Palmas de Gran Canaria

**José Manuel Soria López**  
Alcalde de Las Palmas de Gran Canaria

**Josefa Luzardo Romano**  
Concejal de Bienestar Social

Portada: Barrio de San Cristóbal (Las Palmas de Gran Canaria;  
Martín Chirino: *Lady Harimaguada* (1996).

Diseño: M.C. de la Rosa.

Fotografía: M. Gómez.

© el autor

© de la presente edición:

Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

ISBN: 84-88979-19-3

Depósito Legal: G.C. 190 -1997

Imprime: Imprenta Pérez Galdós, S.L.  
Profesor Lozano, 25 (El Cebadal)  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

La ciudad que hemos heredado tuvo su primer inicio, como es bien sabido, hace ya 518 años, el 24 de junio de 1478. Fue el día en que la tropa española desembarcada por las Isletas llegó al mando de Juan Rejón al palmeral situado en un altozano de la margen derecha del barranco Guini-guada, muy cerca de la desembocadura, y lo consideró sitio idóneo para organizar allí su campamento de conquista. Aquellos soldados querían acercarse más a Telde; pero supieron que por los acantilados de La Laja podían sufrir una peligrosísima emboscada, y así se quedaron en el Guini-guada, donde el abastecimiento de agua perma-

nente estaba garantizado y desde donde podían dominar sin mayores riesgos el espacio de una legua comprendido entre tal asentamiento y el desembarcadero natural más cómodo de la isla: el de la Isleta.

No se pensó entonces, con toda seguridad, que aquel campamento iba a ser el núcleo alrededor del cual crecería con el tiempo lo que hoy es la ciudad más importante del Archipiélago, y sería interesante preguntarse si era aquél el sitio más idóneo de la Isla para establecer su futura capital (cosa, como digo, inimaginada en el siglo XV). Es una respuesta que podría discutirse con la ayuda de nuestros amigos los geógrafos y que, a estas alturas, no viene al caso ya dilucidar: la Historia se configura a partir de casualidades, unas felices y otras no, y así nos viene dada. La nuestra, en mi opinión, fue feliz, porque el asentamiento no perdió de vista el gran puerto de las Isletas, que es el mejor de Gran Canaria, y eso ha sido de vital importancia no sólo para el desarrollo de la capital y de la isla entera, sino que le ha conferido a Las Palmas de Gran Canaria un rango mundial de primer orden en el campo de las comunicaciones

marítimas desde que éstas cobraron una nueva dimensión a raíz del descubrimiento de América. Antes éramos el verdadero “finis terrae”, un destino terminal desde el que se atisbaba una hipotética expansión hacia el sur en pugna con Portugal; desde 1492, a los 14 años de iniciado el asentamiento hispano en Gran Canaria, pasamos a ser sorpresivamente, por causa de la llegada de Colón con naves españolas al Nuevo Mundo, un nudo de comunicaciones de gran importancia estratégica para la dominación del mundo. ¿Cómo podía sospecharse una cosa así apenas unos años antes?

Pero insistimos en el asentamiento. Aquello era, en principio, sólo un campamento militar rodeado de una empalizada hecha con troncos de las palmeras arrancadas en el propio palmeral que le dio nombre a Las Palmas. Un asentamiento, por lo tanto, provisional. La mala organización y las desavenencias entre los jefes conquistadores españoles eternizaron esta provisionalidad: nada menos que cinco años hubieron de transcurrir para dar por finalizada la guerra de conquista contra los aborígenes insumisos de Gran Canaria; una guerra que, sobre el papel, se planteaba como una

operación militar relativamente breve. Y sólo por razón de esta demora, lo que era perentorio, la cabeza de puente en la isla, acabó consolidándose como algo definitivo: como el primer núcleo ciudadano del Real o campamento de Las Palmas.

El campamento debió tener dos cercos de seguridad: uno interno y otro externo. El interno parece que estaba limitado por lo que son las calles de la Pelota, por el norte, Mendizábal por el este, los Balcones, por el sur, y Herrería por poniente. El externo debió comenzar con dos primitivas zonas de seguridad laterales: una por el este hasta el mar y otra por el norte limitando con el barranco. El vértice suroriental del campamento, es decir, el que miraba hacia el peligroso suroeste, hacia las cumbres, era un espacio libre, cercado en forma de punta de diamante, que ocuparía lo que hoy es la plaza del Pilar Nuevo. Más adelante, las zonas de protección externas del Real se ampliarían poniendo límites a la altura de la actual calle Obispo Codina, por el oeste, y Espíritu Santo por el sur. Hasta aquí llegarían los límites expansivos del campamento a los cinco años de iniciarse. Pero ya entonces había una serie de edificaciones

en su interior, generadas alrededor de la plazoleta central de San Antonio Abad, desde la que se proyectaron desde los primeros momentos cuatro calles en cruz perpendiculares a la empalizada interior. Allí surgió la iglesia, la casa del jefe militar, la primera audiencia civil, etcétera.

La expansión de Las Palmas después de la conquista debió ser bastante rápida. Se destinó la esquina suroriental del recinto exterior para la nueva catedral, y enfrente, hacia poniente, con sabio criterio renacentista, se proyectó la gran plaza urbana rematada por el solar destinado a las futuras casas consistoriales, dejando la nueva residencia del obispo y de la audiencia al lado norte y las casas destinadas a los regidores al lado sur. Y alrededor de este proyecto creció nuestro barrio de Vegueta, con sus iglesias y sus conventos, que cincuenta años después de la conquista estaba ya configurado en unas dimensiones que permanecieron casi inalterables hasta más de trescientos años después. Los límites finales de este gran núcleo residencial y administrativo de Las Palmas de Gran Canaria fueron las traseras de los conventos de San Agustín y Santo Domingo, por el sur, y el

barranco por el norte, el mar por el este, y las faldas de San Juan, con el hospital de San Martín a su pie, por el oeste.

El barrio de Triana se configuró de manera simultánea. En principio estuvo constituido por unos simples barracones al otro lado del barranco, donde se guardaban los bastimentos traídos a la villa desde los desembarcaderos del Puerto y de la cala de San Telmo, recintos que también debieron estar protegidos en principio. Al oeste de estos barracones se comenzó a construir, a poco de terminar la conquista, el convento de San Francisco, un bastión protector del barrio de entrada a la ciudad por la parte de la montaña, y al socaire de los almacenes, que tradicionalmente han estado en aquella zona de los alrededores del actual Teatro Pérez Galdós hasta nuestros mismos días, creció una zona expansiva de comercio y tráfico desde y hacia los desembarcaderos. Triana puso sus límites en lo que es hoy la calle de Perdomo, y entre ésta y el barranco creció en calles y asentamientos esa nueva zona comercial y dinámica que hasta nuestro siglo fue pulmón económico de la población.

En esos límites se paró la ciudad, mirando hacia el camino de las Isletas y de espaldas al mar: una ciudad que pareció haber encontrado tal forma como molde justo de sus aspiraciones para la explotación económica de esta isla, lo cual no supo hacer bien, frenándose pronto ante el apogeo económico de la vecina isla de Tenerife, donde se generó sin duda una mayor riqueza desde que se pensó más en el vino que en el azúcar y se supo conjugar los intereses económicos de la isla con el de comerciantes de las potencias del norte de Europa.

Llama la atención ver el carácter definitivo del mapa de Las Palmas en el siglo XVI, con sus calles aún existentes, mostrándonos una ciudad ya perfectamente delimitada, para la que Felipe II determinó entonces ponerle murallas defensivas, como queriendo encorsetarla para siempre y condenarla así a la inmovilidad. Seguramente por causa de este cinturón, real y psicológico al mismo tiempo, permaneció a partir de entonces invariable la ciudad en el XVII, en el XVIII y en la primera mitad del XIX: un signo de estancamiento y de falta de dinámica que nos asombra.

Yo me he preguntado muchas veces, pasando por alto las razones defensivas que se argumentaban entonces, si eran realmente necesarios aquellos torreones y murallas. Porque es lo cierto que, mientras no hubo muro, la ciudad fue creciendo poco a poco y, por otra parte, nadie vino a conquistarnos. Pero desde que se construyó el muro, no tardaron en aparecer dos poderosísimas flotas cargadas de enemigos que venían llamados por el reto de echarlo abajo. “Algo de mucho valor deben encerrar ahí para guardarlo tan bien” —debieron pensar. Y así vinieron llamados por la ilusión de la rapiña a nuestra ciudad pobre.

Primero fueron los ingleses en 1595 al mando de Francis Drake y John Hawkings, este último conocido en nuestras islas como traficante británico, amigo de los señores de Adeje y a quien aquí llamaban don Juan Aquino. Hawkings, que no estaba de acuerdo con Drake en su empeño por conquistar Las Palmas, permaneció con sus buques inactivo en segundo plano y dejó que su socio fracasara. El triunfo de los grancanarios impidiendo el desembarco de Drake fue el acontecimiento militar más memorable que nos había

ocurrido desde la conquista, y hasta Lope de Vega, bien informado por Cairasco y los poetas canarios de su círculo, lo celebró desde la Península con su famoso poema *La Dragontea*.

El segundo ataque, cuatro años después, ya no nos fue tan propicio: el almirante holandés Pieter van der Does, con un ejército de ocho a diez mil hombres (que en tales números discrepan las historias), se presentó con su poderosa armada ante la rada de la Isleta el 26 de junio de 1599, y no precisamente para conmemorar el 121 aniversario de la fundación de Las Palmas, que se había cumplido dos días antes, sino presumiblemente para quedarse con la ciudad y con la isla. Todos los esfuerzos defensivos fueron en vano: se neutralizó primero la defensa del castillo de La Luz, luego se logró establecer una cabeza de puente en la playa de Santa Catalina y finalmente, con las tropas canarias en franca retirada, se desembarcaron cañones de gran potencia para derribar la muralla de la ciudad y saltar la puerta. No fue fácil; murieron muchísimos holandeses y canarios, y entre éstos fue herido de muerte el general Alonso Alvarado, que con tanto acierto había dis-

puesto la defensa. Le relevó el teniente Pamochamoso, un verdadero genio militar, artífice de la inteligente resistencia y de la derrota posterior de los holandeses, que, curiosamente, es silenciado luego por la historia, como si su hazaña no tuviera mayor importancia. Pamochamoso fue un gran héroe salvador de Las Palmas, y bien merecería que se le recordara eternamente aquí con algo más que una calle de barrio cuyo titular hoy ya nadie conoce.

Desde Santa Brígida, adonde Pamochamoso retiró sus fuerzas y adonde se evacuaron las cosas de valor de la ciudad, los canarios fueron teniendo noticias de la ocupación de Las Palmas por el enemigo, del gran oficio protestante en acción de gracias por su victoria que organizaron en nuestra catedral, y de sus deseos de negociar para obtener un rescate por devolver la población. Porque lo interesante es que aquellos holandeses, una vez que conquistaron Las Palmas, parecieron no tener tan grande victoria prevista, y no sabían qué hacer. Evidentemente, aquella armada de guerra carecía de unas directrices estratégicas de amplio alcance. ¿Qué hubiera sido de Las Palmas de Gran

Canaria, y aún de toda la isla, si los holandeses hubieran decidido quedarse en vez de negociar un rescate para irse? Con un imperio español ya en franca decadencia, sobre todo después del desastre de la Armada Invencible en el canal de La Mancha, una cabeza de puente de los holandeses en las Islas Canarias hubiera cambiado radicalmente la historia futura. Pero no lo supieron entender así, se dejaron amedrentar por la guerrilla organizada desde las montañas de la isla, temieron que les envenenaran las aguas del Guiniguada, se convencieron de que el fuerte levante que reinaba era la insalubre temperatura normal de estas latitudes y, tras ser diezmadas sus tropas en el barranco del Dragonal, donde hoy está el Jardín Canario, dejaron que cundiera la alarma y se embarcaron precipitadamente, no sin pegarle fuego a las casas de la ciudad y al artesanado de la catedral.

Debo referir, como cosa curiosa, que entre los soldados holandeses venía un abanderado alemán, Johann von Lübelfing, quien dejó escrito un diario relatando pormenorizadamente el ataque tal como él lo vivió. Este diario, que fue traducido del alemán antiguo por mi padre y publicado en el

anuario científico del Museo Canario hace casi tres décadas, refiere la extrañeza de los atacantes cuando se enteraron de que la ciudad conquistada era llamada Las Palmas por los nativos. Ellos creían estar atacando La Laguna, ciudad canaria donde era fama que se guardaban grandes riquezas (lo que era muy cierto), y así lo siguieron creyendo hasta después de irse, puesto que los grabados que publicaron para celebrar el ataque en Holanda a su regreso bautizan todos a Las Palmas con el nombre de Allagoena (que se pronuncia ‘A-Laguna’ en holandés). De donde se deduce que aquella expedición depredadora tan aparatosa tenía, por desgracia para ellos y por suerte para nosotros, más pies que cabeza.

Restauró Las Palmas de Gran Canaria las heridas de sus murallas y de sus casas como pudo, no sin la dificultad añadida de una gran epidemia de peste que la asoló inmediatamente y que duró varios años haciendo estragos en la vida de muchos de sus moradores, y continuó su humilde andadura hacia el futuro.

¿Qué se cocía dentro de aquella tranquila inmovilidad perimetral? Dentro de aquella estructura ciudadana que tuvo un aspecto inerte durante más de trescientos cincuenta años, generación tras generación, piedra a piedra, verso a verso, nuestros hombres y mujeres del pasado fueron construyendo nuestra cultura particular: el patrimonio histórico-artístico que nos han legado. No es ciertamente un tesoro espectacular; pero es nuestro tesoro: las obras de nuestros poetas y pensadores, la música de enorme valor que se guarda en la catedral de Las Palmas, las pinturas y esculturas de nuestros piadosos artífices y la arquitectura de nuestra ciudad, mejorada año a año, poco a poco, con el esmero de los espíritus pacientes que persiguen la permanencia de sus afanes.

No hubo corriente intelectual que, a través de el hilo conductor de nuestro puerto, no trajera su voz hasta Las Palmas y dejara su eco entre nosotros. La Ilustración, desde sus más tempranas manifestaciones críticas, encontró aquí también un humilde aposento y, en la segunda mitad del siglo XVIII, tuvo hombres entre nosotros que sembraron con la doctrina de la renovación las

bases para una nueva andadura. Fue un proceso lento, muy lento, en el que la educación de hoy para recoger los frutos pasado mañana marcó la pauta de un devenir irreversible. Don José de Viera y Clavijo, con la promoción del Colegio de San Marcial, así como los fundadores de nuestra Real Sociedad Económica de Amigos del País, marcaron las pautas del cambio futuro sembrando la inquietud intelectual entre los ciudadanos del común en el último cuarto de aquel siglo XVIII. Por otra parte, las inquietudes sociales que comenzaron a convulsionar entonces a Europa tuvieron su lectura entre nuestros jóvenes ciudadanos. La guerra contra Napoleón después, con la participación de los batallones canarios que se embarcaron para la Península, convulsionaron a la ciudadanía, y finalmente las cortes de Cádiz afianzaron una vocación liberal que arraigó con fuerza entre nosotros sin que nadie la pudiera detener ya.

No tardaría en surgir la primera promoción de universitarios de Las Palmas formados en Tenerife, los llamados “niños de La Laguna”, aquellos próceres del siglo XIX que, sobre las ruinas de los conventos desamortizados, construye-

ron los primeros equipamientos culturales civiles e impulsaron varios movimientos voluntaristas que han llegado vivos hasta hoy y que entonces asumieron la bandera del progreso. Así, sobre las ruinas del convento de las clarisas, surgió el Gabinete Literario, en 1844, y el primer teatro de Las Palmas y la Sociedad Filarmónica en 1845, y desde aquel nuevo templo del fomento se puso simultáneamente en marcha el Colegio de Primeras y Segundas enseñanzas, luego llamado Colegio de San Agustín, bajo el impulso de aquel gran ciudadano que fue don Antonio López Botas: la emblemática institución docente en la que se formó la flor y nata de las generaciones que afrontarían el futuro desarrollo de la ciudad de Las Palmas.

Pocos años después de estas iniciativas, sobre las ruinas del convento de San Ildefonso se proyectó construir un museo, una biblioteca, un instituto de enseñanzas medias y un observatorio astronómico. Hoy ocupan parte de aquel solar el museo y biblioteca de El Museo Canario, precisamente. Pero toda esta andadura constituyó un despertar lento y doloroso, fraguado en el fuego de

graves crisis económicas, de incomprendiones interinsulares y de epidemias tan terribles como la del cólera de 1851. Pero reseñemos también que, junto a los ciudadanos forjados aquí, hubo otros grancanarios más afortunados que pudieron estudiar sus carreras en París, en Montpellier o en Barcelona y que vinieron a contribuir con sus profesiones y sus conocimientos humanísticos y científicos a enriquecer el camino de nuestro ya imparable progreso.

En este punto me parece obligado detenerme en el recuerdo de dos preclaros ciudadanos de Las Palmas, de los que se cumple en este año el centenario de su óbito. Esos dos ciudadanos ejemplares, que con su esfuerzo y entusiasmo contribuyeron de forma notable, como muchísimos otros de su época, a forjar la renovación de la ciudad, y que en este año debemos recordar con especial detención, son el doctor don Domingo José Navarro y el notario, músico, novelista e historiador don Agustín Millares Torres.

Domingo José Navarro, ciudadano longevo, nos legó con sus *Recuerdos de un noventón* la

estampa más vívida y pintoresca de lo que fue la ciudad de Las Palmas antes de los grandes cambios urbanísticos y culturales del siglo XIX. Esa obra genial y entrañable, de la que tantas ediciones se han hecho, debe constituir el libro de cabecera por antonomasia de todo ciudadano de Las Palmas. Pero Navarro no fue sólo el gran memorialista de nuestra ciudad que conocemos a través de su obra, sino un médico de gran prestigio que regaló muchísimas horas al cambio ciudadano, como gestor del Gabinete Literario, como profesor del Colegio de San Agustín y como fundador y primer presidente de El Museo Canario, desempeñando tal cargo máximo en él desde que éste se fundó en 1878 hasta su fallecimiento en 1896.

En cuanto a Millares Torres, permítaseme proclamar mi más ferviente admiración por uno de los hombres más preclaros y eficaces que ha vivido en estos lares. Trabajando incansablemente y soñando con vehemencia, su idealismo pragmático fue un factor clave para el despegue de un sin fin de proyectos que ayudaron al desarrollo material y espiritual de nuestra ciudad. Fue el impulsor del periodismo en Las Palmas, y desde la cabecera

de uno de los periódicos que dirigió, lanzó muy temprano una idea profética y que, en su formulación, todavía nos admira: “Tengamos el mejor puerto de las Islas y lo demás nos vendrá dado por añadidura”. Esto lo escribió en un momento en que pensar en la financiación de tal proyecto, que ni siquiera existía, era una fantasía. Pero ahí estuvo él con sus pujantes conciudadanos, y surgió la figura de un gran ingeniero como don Juan de León y Castillo, y se hizo el Puerto de La Luz, y Millares vio su sueño hecho realidad: un sueño que fue sólo uno entre cientos de proyectos que se desprenden de sus escritos. Entre éstos causó cierta risa lo que propuso un día muy seriamente en una reunión del Gabinete Literario, que fue realizar una gran ciudad turística en el sur de Gran Canaria...

Tuvimos la suerte de tener entonces espíritus visionarios y con fe en el futuro. Y a la sombra de sus sueños, se hizo el mejor puerto de esta zona del Atlántico y la ciudad de Las Palmas empezó a correr urbanísticamente hacia ese Puerto. Tardó más de medio siglo en cubrir la legua yerma que separaba el antiguo asentamiento militar de los

desembarcaderos de la Isleta. Pero ahí quedó configurada una nueva ciudad de Las Palmas, la ciudad baja, rematada por la playa más hermosa de estas latitudes que, recuperada para el uso y solaz de los ciudadanos, no tardó en constituirse en el primer reclamo turístico que situó a nuestra población en el vértice de las apetencias foráneas como estación invernal donde imperaba e impera una eterna primavera.

\* \* \*

Me pregunto ahora qué vamos a hacer con esta ciudad que hemos heredado y que se nos ha destrozado entre las manos. No voy a recordar cómo se desbordó laderas arriba, cómo ha crecido desmesuradamente en los años sesenta y setenta de este siglo, ni cómo se ha descontrolado la ciudadanía. Hoy, más que una gran ciudad, tenemos un gran problema muy preocupante. Y esta preocupación, discúlpenme ustedes, no se va a soslayar con los bailes y fuegos artificiales de las fiestas fundacionales que ahora celebramos. Mi reflexión va encaminada hacia el deseo de una necesaria voluntad de todos nosotros para recupe-

rar su armonía y su capacidad de convivencia.

La materia prima sigue incólume: sus ciudadanos entusiastas y el tesoro patrimonial que año a año, piedra a piedra y verso a verso nos han legado muchas generaciones de ciudadanos a lo largo de cinco siglos. Aquí está Vegueta, con sus edificios señoriales y sus balconadas canarias, con su catedral, su ayuntamiento, sus iglesias, sus monumentos y sus plazas encantadoras; pero también con una nueva red de museos que nos hablan del arte, de la prehistoria y de la historia. Ahí está Triana, con su pujanza comercial herida pero viva aún, con sus edificios románticos, con su arquitectura modernista, con su teatro, con la casa de aquel oscuro alumno del Colegio de San Agustín que llegaría a ser el gran don Benito Pérez Galdós. Ahí está el Puerto, con su pujanza internacional, con su parcheado Parque de Santa Catalina, con su hermosísima playa de Las Canteras, que sigue siendo una gran apuesta natural para la recuperación futura de la zona. Y ahí está la ciudad alta, con sus hermosísimas vistas, pero que es, al mismo tiempo, otro gran problema aplazado.

Las Palmas de Gran Canaria sigue teniendo una oferta atractiva y muy interesante para las decenas de miles de visitantes que acuden a la Isla. Pero, hoy por hoy, éstos obvian venir a nuestra ciudad, porque hemos hecho de ella un caos circulatorio, una zona depauperada y de inseguridad ciudadana y un lugar no agradable, por lo tanto, para la convivencia. Nuestra pujanza cultural, que la tenemos, nos sirve de poco si el entorno ambiental y humano no se ajustan de nuevo por lo menos a una decencia y a una ética de mínimos, que debe comenzar por el cuidado de nuestras relaciones y de nuestros comportamientos públicos. Todos lo estamos deseando. Y todos lo deseamos no sólo para nuestro bien, sino porque también estamos convencidos de que el despegue económico de Canarias, la mejora decisiva de nuestra isla de Gran Canaria y el prestigio internacional de todos nosotros pasa indefectiblemente por la recuperación de esta gran ciudad que es Las Palmas de Gran Canaria.



*Ediciones*  
*Excmo. Ayuntamiento de*  
*Las Palmas de Gran Canaria*